

Entendiendo

"Y ya está..." tragó saliva y cerró los ojos.

Fue lo que me dijo mientras iniciaba su primera dosis de mórfico.

Yo también tragué saliva, no cerré los ojos, lo miré, no sabía que decir. En mi cabeza emergían cientos de frases hechas que no podía usar, ¿qué le dices a una persona que se esta presentado a la muerte con tanta sencillez, consuelo y pena?

Lo veo satisfecho, con sus momentos felices y los tristes como todas las vidas. Y ahora delante de una desconocida que lo medica no para vivir sino para no sufrir, para tener una muerte complaciente, sin dolor y con tiempo para las despedidas. Un viaje hacia donde todos sabemos que no hay vuelta, por eso lo evitamos, tememos. No parece un mal final, al fin y al cabo después de unos años de enfermedad, pruebas, médicos, ingresos, mejorías paulatinas y retrocesos aniquiladores de ánimos. La enfermedad cuando se instaura parece un parásito que no se sacia hasta el último aliento.

Tras estos segundos reflexivos pero eternos, sólo le puedo decir "*que no te duela, es lo único que puedo hacer*".

Mis ojos se llenaron de agua, tragué muy fuerte, para mantener el mar dentro de mi mirada, no puedo ser débil, me dije, no soy yo la que sufre, yo lo cuido y tengo que ser firme para que su camino sea apacible y lleno de cariño.

Salí rápido de la habitación, dándole un fuerte apretón en la mano y una suave caricia en la mejilla. Al encontrarme sola e ir a por un poco de agua, me senté y unas lágrimas débiles, vergonzosas, salieron de mis ojos.

Me sentía frustrada, me habían enseñado a cuidar para perpetuar la vida y el bien estar de los demás, vencer a la enfermedad, no podía comprender, no entendía como podía ayudar ahora, con esté pronóstico tan seguro, tan cerca del fin, me sentí vacía, sola.

No me han enseñado a cuidar para morir.

Ivanka R. S.